

Serás lo que quieras ser

A Kira le encantaba jugar con los coches y los Playmobil de su hermano Jorge. Las muñecas llevaban mucho tiempo en la estantería sin llamar nada la atención de Kira.

Por su cumpleaños siempre recibía alguna barbie que no había pedido o los Reyes Magos le traían una princesa de Disney que tampoco había escrito en su carta.

En las historias que le leían sus padres por la noche, la chica siempre era la que estaba en peligro y debía ser rescatada por un caballero o un príncipe valiente. Le pidió a sus padres que por favor, le compraran algún cuento más divertido y así lo hicieron.

Kira disfrutaba mucho jugando al aire libre con la pelota, realizaba carreras cortas con Jorge o sus amigos del barrio.

Le aburría mucho cuando alguna amiga le invitaba a su casa a jugar con muñecas o a hacer de mamás con los bebés en sus carros. Le parecía una pérdida de tiempo. Aún así, para que sus amigas del colegio o sus primas no se enfadaran con ella, jugaba como una más y fingía que se lo estaba pasando bien.

Una noche, cuando Kira dormía, sintió que algo golpeaba la ventana de su habitación.

Vivía en una casa baja con patio. Se levantó, despacio, medio adormilada. Kira se acercó hasta el cristal y se sorprendió al ver quién estaba allí.

La guerrera Mariel se encontraba montada en un precioso pegaso de color blanco. Un caballo con alas que ahora volaba enfrente de la ventana de Kira.

Eran dos de los personajes del cuento «Armantia» que había leído hace poco con sus padres y le encantó.

Kira se frotó los ojos, debía estar soñando, pero al volverlos a abrir y pellizcarse uno de sus brazos, se dio cuenta de que lo que estaba viendo era real.

Mariel habló:

—¡Hola Kira! Espero que no te hayamos asustado. Hemos venido a buscarte para que nos ayudes con un problema.

Se quedó con la boca abierta al escuchar hablar a Mariel. La niña de seis años, no entendía nada. La guerrera llevaba el pelo largo y rojo suelto. Llevaba una armadura de acero que le cubría desde los hombros hasta la cintura. Unos brazaletes también de acero protegían sus brazos hasta el codo. Su vestimenta se completaba con una falda de cuero y botas altas del mismo material.

—No hace falta que cojas nada de ropa. Cuando lleguemos a Armantia, te dejaré algo para que te pongas —. Y nada más decir esto, Mariel extendió su brazo hacia Kira

invitándola a montar en su pegaso. La chica transmitía paz y sonreía. Llevaba colgada una espada a su espalda y en una de sus manos llevaba un escudo.

Kira seguía sin reaccionar, le parecía increíble lo que estaba ocurriendo. Miró hacia atrás y se tranquilizó al pensar que estaba sola. Sus padres y Jorge estaban durmiendo.

Pensó que estaría bien un poco de diversión y cuando volvió a girarse, aceptó la mano de Mariel y se montó con ella en el pegaso y así salieron volando hacia Armantia.

Jorge que se había levantado a por un vaso de agua a la cocina, al pasar junto a la habitación de Kira, le pareció observar a su hermana volar en un caballo antes de convertirse en un fuerte resplandor que desapareció en el cielo. Pensó que había visto demasiadas películas de fantasía últimamente y se fue a dormir. Si hubiera entrado en la habitación de su hermana, habría observado que ella no estaba allí y que se había ido a un viaje muy especial.

El pegaso de Mariel aterrizó en el suelo de Armantia y la guerrera ayudó a Kira a bajarse de él.

Trius, el pegaso, echó a volar de nuevo y su figura se fue haciendo más pequeña hasta que le perdieron de vista.

Mariel guio a Kira hacia el castillo de los aprendices. Allí niños y niñas aprendían varios oficios y eran entrenados para defenderse de ataques de monstruos que últimamente tenían aterrorizados a los habitantes de Armantia.

Llevó a Kira hasta una habitación y le dijo que se cambiara de ropa. La niña dejó su pijama sobre una silla y se puso unos pantalones de cuero y una camisa blanca, además de una capa de color marrón. Todo le quedaba como un guante.

Mariel presentó a Kira a un grupo de niños que estaban aprendiendo a crear pócimas mágicas para espantar a las bestias que aparecían por las noches en las casas de los vecinos.

Jana, la profesora de pócimas, saludó a Mariel con la cabeza y se acercó a Kira.

Jana llevaba un vestido largo de color verde y un cinturón con una piedra morada en el centro. Su cabeza estaba cubierta por una capucha que se echó para atrás al saludar a Kira y dejó ver su largo cabello negro en forma de trenza.

Animó a Kira a sentarse junto a ellos y Mariel le dijo a Kira que debía irse, ya que era la profesora de tiro con arco y espada y debía dar la siguiente clase a otro grupo de chicos.

Jana enseñó a Kira a preparar pócimas poderosas, pero era difícil tener controlados a tantos monstruos.

Por eso los niños de la ciudad, fueron instruidos por Jana y Mariel para defender Armantia, aunque muchos padres estaban en contra de ello.

Los Reyes, Hérato y Pérside, habían redactado una ley en la que todos los niños con edades comprendidas entre los seis y diez años debían ser formados en el arte de la magia y la defensa. Desde que Jana y Mariel habían enseñado a los niños a crear pócimas y a instruirse con espadas de madera y arcos con sus flechas, se notó la caída de muchos de los monstruos, pero la clave estaba en Kira. Aquella niña podía cambiarlo todo.

Después de varias horas, Kira aprendió varias técnicas y el nombre de algunos venenos potentes como por ejemplo «El Yute», un potingue de color azul que se extendía por las ventanas de las casas y el monstruo no aparecía por allí más debido a su olor tan desagradable.

También aprendió a realizar otro veneno muy útil llamado «Serisia», la bestia que olía este poderoso brebaje, explotaba.

Más tarde, Mariel fue en busca de Kira para que asistiera a sus clases de defensa.

En ocasiones, las pócimas podían resultar no tan fuertes y los niños debían estar preparados por si debían atacar al monstruo y proteger así a sus familias, bebés y niños más pequeños con espadas de tamaño reducido y las flechas que tiraban con sus arcos, pero se utilizaban como último recurso.

Desde los tejados de las viviendas y entre los árboles, los niños aprendían a tirar flechas tensando la cuerda de los arcos y así acertar y matar al monstruo.

El entrenamiento era duro, pero los niños llegaban a sus casas orgullosos por haber aprendido cosas nuevas.

Mariel enseñó a Kira a tirar con el arco. Un grupo de niños y niñas estaban practicando y se pararon a ver cómo la nueva aprendiz utilizaba aquel arma.

Kira tensó la cuerda y apuntó a la diana que se trataba de un trozo de madera con un círculo amarillo pintado en el medio. Alrededor de él había otros colores, pero el importante era el amarillo.

La primera flecha que tiró cayó fuera de la diana. En el segundo, la flecha quedó clavada en el color rojo, muy cerca, pero la tercera flecha sí acertó en el medio y Mariel felicitó a Kira por su buena puntería. El resto de alumnos aplaudieron y algunos hasta silbaron. Kira sonreía. Estaba emocionada. Se dio cuenta además de que aprendía rápido y aunque en un principio creyó que todo podía ser un sueño, aquello era muy real: El olor a comida, el frío que hacía que se le pusiera la piel de gallina, las diferentes

herramientas e ingredientes que tocaba para crear pócimas y venenos que mataran a aquellos horribles monstruos. El canto de los pájaros que volaban por el bosque. Todo lo podía ver y sentir.

Mariel llevó de nuevo a Kira a la clase de pócimas con Jana. Necesitaba su ayuda. Jana le colocó delante un cuenco de madera y le dijo que debía preparar algo que matase a aquellos aterradoras criaturas.

Kira se puso manos a la obra. En el cuenco echó unas hojas de «calamil», las cuales machacó. Eran difíciles de encontrar porque se escondían entre las rocas de los bosques y solo unos pocos sabían dónde cogerlas. Vertió un líquido de color rojo oscuro llamado «Coru» de fuerte olor, sal azul y polvo de setas saltarinas.

Removió todos los ingredientes del cuenco con un palo de madera ancho y de pronto, salió un pequeño humo hacia arriba. Jana se acercó a Kira y le dijo que se apartase por si acaso le hacía daño. El humo comenzó a hacer figuras negras y de allí salieron dragones, Aves Fénix, unicornios y gigantes. Todas aquellas criaturas convertidas en humo, salieron por la ventana de la sala que estaba abierta.

Jana agarró del brazo a Kira y la miró asombrada. Le dijo:

—Nunca antes nadie había creado una pócima tan poderosa. Debemos avisar a los demás, no sabemos lo que puede ocurrir ahora —.

Cuando salieron a la calle, Kira y Jana vieron cómo aquellas figuras hechas de humo volaban hacia algún lugar todas juntas.

Los dragones desplegaron sus alas y echaban su fuego negro por la boca. Los Aves Fénix daban giros por el aire, los unicornios corrían detrás de ellos y los gigantes eran los últimos en seguirles.

A Kira se le metió un olor muy desagradable a través de su nariz. La niña empezó a sentirse nerviosa. Le palpitaba el corazón a mil por hora y le sudaba la cara. Jana la miró y la cogió de la mano para tranquilizarla.

Los habitantes de Armantia se metieron en sus casas. Algo raro estaba pasando y entre las paredes de sus viviendas creían que estaban más protegidos.

El sol desapareció y dio lugar a la noche.

El aullido de los lobos se escuchaba a lo lejos. Ellos presentían también a los monstruos. Varios niños y niñas estaban preparados subidos a los árboles y tejados de las casas con sus arcos y flechas dispuestos a disparar a aquellas bestias si hacía falta.

No tenían miedo. Mariel les había enseñado a no tenerlo.

Los caballeros del bosque, vestidos con armaduras de color negro, defendían Armantia como podían con sus espadas y lanzas, pero a veces no era suficiente y algunos morían en el intento.

Los Reyes Hétrato y Pérside pensaron que sería buena idea que los niños y niñas de Armantia aprendieran a defender a los vecinos y desde pequeños fuesen valientes e inteligentes para no dejar pasar a los monstruos.

Las criaturas negras creadas por la pócima de Kira, se quedaron quietas y las bestias hicieron su aparición.

Varias flechas acertaron en los cuerpos de los monstruos, que tenían demasiados colmillos y garras enormes. La mayoría parecían reptiles con sus ojos rojos y bocas capaces de tragarse a dos hombres enteros.

Los dragones, Áves Fenix, unicornios y gigantes se fundieron en una única sombra negra y todo se volvió oscuro. No se veía apenas nada.

Envolvieron a todos los monstruos en un torbellino y las espantosas criaturas dieron vueltas sin poder salir de él, estaban atrapadas. De pronto, aquel remolino de color negro desapareció, junto con los dragones, Áves Fénix, unicornios y gigantes.

Jana abrió los ojos como platos. Ninguno de sus alumnos, ni siquiera ella misma, habían sido capaces de destruir a los monstruos con las pócimas.

Los habitantes de la ciudad, salieron de sus casas. Al principio con algo de temor, pero al ver que no había nada extraño, caminaron por las calles y contentos abrazaban a sus familiares y amigos. La pesadilla había terminado.

Jana llevó de la mano a Kira al centro de la plaza. Mariel recogió a sus alumnos uno a uno de los árboles y tejados y juntos fueron también a ver qué es lo que había ocurrido.

Jana explicó a todos que la causante de que todo aquello hubiese acabado era Kira.

Había creado una fórmula mágica que había conseguido eliminar a los monstruos.

Los habitantes de la ciudad aplaudieron y nombraron a Kira varias veces dándole las gracias. Los alumnos y alumnas de Jana y Mariel se acercaron a la niña y la abrazaron y felicitaron. Kira se sentía alegre y agradecida.

Mariel y Jana abrazaron a la niña también y Mariel le dijo que debía irse a su mundo real donde sus padres y amigos la estarían esperando.

Mariel llamó a Trius, el pegaso, que apareció enseguida. Mariel y la niña se montaron y desde el aire Kira se despidió con la mano de los habitantes de Armantia, de Jana y de los alumnos que habían formado parte de su entrenamiento aquel día.

En un abrir y cerrar de ojos, llegaron hasta la ventana de su habitación. Mariel se giró y le dio un fuerte abrazo a Kira y le dijo que ella podía ser lo que quisiera ser. Ayudó a la niña a meterse con cuidado en su cuarto y Mariel desapareció junto a Trius volando por el cielo. Aún no había amanecido. Kira estaba agotada. Se metió en la cama.

A la mañana siguiente, cuando despertó, creyó que todo había formado parte de un sueño.

Se levantó y fue a mirar por la ventana, porque hacía un día soleado y era sábado, podría ir al parque con sus amigos. Iba a ir a la cocina a desayunar cuando al pasar junto a su mesilla de noche, vio algo que no recordaba haber puesto allí el día anterior: Se trataba de un colgante. Un cordón de cuero que contenía unas alas plateadas, un cuerno de unicornio y la figura de un gigante. Kira agarró entre sus manos aquel objeto y sintió cómo una corriente eléctrica recorría todo su cuerpo. Se sintió muy bien y con energía. Al ir a colocarse el colgante en el cuello, vio otra sorpresa más. Una carta. Kira cogió aquel papel de color marrón y leyó:

—Este colgante representa a las alas del dragón y del Ave Fénix, para que sepas que tú también tienes alas y que nada ni nadie debe impedirte tu vuelo. El cuerno de unicornio es la magia que llevas dentro y tu inteligencia y el gigante representa lo fuerte y lo grande que eres. A veces los sueños pueden convertirse en realidad. Nunca dejes de creer en ti, Kira —.

Firmado: Mariel.

Y de repente, las letras desaparecieron del papel y se quedó en blanco.

A Kira le temblaban las manos. Así que había vivido aquella experiencia de verdad.

Decidió guardar el colgante en su cajita de los tesoros y solo ponérselo cuando fuese necesario. No le contaría a nadie lo que había pasado aquella noche, pero su sueño de convertirse en Agente Forestal para cuidar de los bosques y sus animales, cobró más fuerza aquel día.

—FIN—